



- 3 -

¿Quién compuso la Vulgata? Las mujeres romanas del entorno de san Jerónimo

FERNANDO RIVAS REBAQUE.
Universidad Pontificia Comillas. Madrid

LA pregunta que inicia este capítulo se adentra en la senda del conocido poema de Bertolt Brecht: «¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas? En los libros se mencionan los nombres de los reyes. ¿Acaso los reyes acarrearón las piedras? Y Babilonia, tantas veces destruida, ¿quién la construyó otras tantas? (...) ¿Adónde se fueron sus constructores la noche que terminaron la Muralla China? Roma, la magna, está llena de arcos de triunfo, ¿quién los construyó? ¿A quiénes vencieron los Césares?». Porque tradicionalmente se ha considerado la *Vulgata* como la titánica obra de un excepcional personaje, san Jerónimo, pero en pocas ocasiones se ha tenido en cuenta el papel clave que tuvieron en la elaboración de dicha obra algunas mujeres romanas con las que el santo estuvo en contacto.

Cuando Jerónimo llegó a Roma en el 382, se encontraba ya no solo «nel mezzo del cammin» de su vida, sino algo más avanzado, y a pesar de su extenso recorrido (tanto en el mundo intelectual como en el campo de la experiencia ascética), no dejaba de ser un cliente y protegido a la búsqueda de un patrono, como de hecho lo fue su protector, el pontífice Dámaso, que lo acogió para la tarea de «actualizar» las traducciones latinas de la Biblia entonces existentes.

Muy pronto Jerónimo entró en relación con un grupo de mujeres de la nobleza romana empeñadas en profundizar en su vida creyente por la senda del ascetismo. Desde el inicio se estableció una estrecha relación entre ambos: ellas necesitaban a una persona que no solo fuese un asceta buscando vivir a expensas de sus protectoras (¡bastantes había ya en Roma por este tiempo empeñados en esta «dura» tarea!), sino que además tuviese la cabeza bien amueblada, pues ellas no dejaban de ser mujeres de una altísima formación, y con un proyecto al que mereciese la pena apuntarse.

Jerónimo, por su parte, encontró la horma de su zapato en este grupo de mujeres, a las que admiró por su perseverancia y seriedad en las prácticas ascéticas, su profunda ansia por conocer la Escritura, el hecho de ofrecerle un espacio acogedor y exigente a la vez, donde pudiera trabajar a gusto..., y, ¿por qué no decirlo?, la fama y las oportunidades que le ofrecían estos contactos con la alta sociedad, así como la capacidad que tenían estas nobles mujeres de aguantar a un personaje tan «difícil e insoportable» como podía llegar a ser Jerónimo (recordemos que ni los santos monjes del desierto sirio pudieron soportarlo).

Sin embargo, este idilio duró poco tiempo, porque el nuevo pontífice, Siricio, presionado por parte del clero romano, celoso de Jerónimo, «aconsejó» a este que se marchase a su diócesis de origen. La respuesta no se hizo esperar, y nuestro santo, acompañado de algunas de estas nobles mujeres romanas, «tras sacudirse el polvo de sus sandalias», se marchó de Roma en el 385 con destino a Oriente, para nunca más volver a la Ciudad Eterna.

En principio, podría parecer que la frágil y germinal comunidad y la tarea conjunta quedaban truncadas por la marcha de Jerónimo de Roma, pero la distancia no solo no impidió su continuidad, sino que pareció reafirmarla. De hecho, la comunicación entre Jerónimo y este grupo de mujeres encontró un medio privilegiado en las cartas, que nos permiten descubrir algunos de los aspectos más destacados de esta relación, como es el relacionado con el estudio de la Escritura.

Para Jerónimo, como para la mayoría de los intelectuales y dirigentes cristianos de esta época, la Escritura juega un papel

central en la vida cristiana, y mucho más en la vida ascética, hasta el punto de que nuestro santo dedica la mayor parte de su tiempo a la lectura, estudio y meditación de la Escritura, considerada como *Liber vitae christianae* (el «libro de la vida cristiana» por excelencia). Lo peculiar de Jerónimo es que esta centralidad la aplica no solo a los varones, sino también a las mujeres, por lo cual fue duramente criticado, como él mismo llega a decir: «Me parece que es preciso responder a los que me juzgan ridículo por dejar a los hombres de lado y escribir casi exclusivamente para vosotras, Paula y Eustoquia» (JERÓNIMO, *In Sophoniam*. Prol: PL 25,671s); o más adelante, cuando en la misma línea llega a decir: «Yo sé, oh Principia, mi hija en Cristo, que muchos me reprochan escribir a menudo a mujeres y preferir al sexo más frágil» (JERÓNIMO, *Carta* 65,1)¹. Jerónimo replica a esta acusación con su habitual mordacidad: «Si los varones me preguntaran sobre las Escrituras, no escribiría yo a mujeres» (*Ibid.* 65,2: si alguien quiere disfrutar, que continúe la lectura de esta carta: no tiene desperdicio).

De hecho, desde el inicio de su llegada a Roma Jerónimo creó un centro de estudios bíblicos de altísimo nivel que se reunía diariamente por las mañanas en la casa de Marcela, una de estas mujeres, en el Aventino. Ellas conocían perfectamente el latín y el griego (algo habitual en los estamentos superiores romanos), por lo que Jerónimo solo tuvo que enseñarles el hebreo. Y él mismo se sorprendió de la rapidez y profundidad con que lo aprendieron; y para muestra, un botón: «Voy a decir otra cosa que quizá les parezca increíble a sus detractores: la lengua hebrea, que solo en parte yo aprendí con tanto trabajo y sudor en mi juventud y que con incansable esfuerzo de perfeccionamiento nunca abandono, para que tampoco ella me abandone a mí, esta [Paula] se propuso aprenderla, y lo consiguió hasta tal punto y lo logró en tal grado que podía cantar los salmos en hebreo y que en su conversación no se notara resabio alguno de latinismo» (*Carta* 108,26).

1. La traducción de las *Cartas* de Jerónimo ha sido tomada de SAN JERÓNIMO, *Epistolario I-II*, BAC, Madrid 1993-1995 (edición bilingüe a cargo de Juan Bautista Valero).

Un aprendizaje que se centró no solo en el conocimiento «filológico» de la Escritura, y muy pronto estas mujeres se convirtieron, para sorpresa y admiración del propio Jerónimo, en alumnas tan aventajadas en el campo bíblico que el propio santo se las veía y se las deseaba para responder incluso por escrito a algunas de sus agudas preguntas, consideradas por él como de «sumo interés» (elogios, por otra parte, no muy habituales en nuestro santo). Consultas que le incentivaban además a una mayor profundización en la Biblia, como podemos ver en una carta dedicada a Fabiola, una de las mujeres que componían este círculo bíblico en el Aventino:

«¡Buen Jesús, con qué fervor, con qué interés se dedicó a los volúmenes sagrados! Como si tuviera necesidad de saciar un hambre antigua, recorría los profetas, los evangelios, los salmos, planteando cuestiones y archivando las respuestas en el cofre de su corazón. Pero, en su afán de escuchar, nunca se daba por satisfecha, sino que a medida que acumulaba ciencia, acumulaba también ansiedad (cf Qo 1,18); y su fuego se hacía mayor, como cuando se echa aceite a una llama.

Un día teníamos en las manos el libro de los Números, de Moisés, y respetuosamente me preguntó qué significaba aquel cúmulo de nombres, por qué cada una de las tribus se instalaba en un lugar distinto, cómo es que el adivino Balaán profetizó los futuros misterios de Cristo con tanta claridad como casi ninguno de los profetas había vaticinado de Él. Yo le respondí como pude, y me pareció haber satisfecho su pregunta. Pero, hojeando el libro, vino a dar con aquel pasaje en que se recoge la lista de todas las etapas por las que pasó el pueblo a su salida de Egipto hasta llegar a las corrientes del Jordán. Al preguntarme ella las causas y razones de cada una, en algunas vacilé, en otras me desenvolví sin tropiezo, en la mayor parte hube de confesar abiertamente mi ignorancia. Pero entonces empezó a urgirme con más insistencia y a exigirme explicaciones, como si a mí no me fuera lícito ignorar lo que ignoro, a la vez que ella se confesaba indigna de tales misterios. ¿Para qué seguir? Ella, aprovechándose de mi resistencia interior a decir que no, consiguió que le prometiera una obra especial sobre este pequeño

tema; obra que, según ahora entiendo, ha quedado diferida por voluntad de Dios hasta el tiempo presente, para que le fuera dedicada a su memoria» (*Carta 77*).

Tanto la tarea cotidiana de Jerónimo en Roma como muchas de sus obras están compuestas para responder a las sugerencias o necesidades de sus benefactoras. Especialmente significativa en este sentido es la *Carta 28,1*, donde Jerónimo denomina a Marcela como *ergodiôktês*, «supervisora de sus trabajos» (término griego empleado para designar a los vigilantes de los judíos en Egipto, cf. Ex 5,7). De este modo muestra de una manera cariñosamente irónica el papel que esta mujer desempeñó en la vida de san Jerónimo, tanto en el rigor de la exigencia intelectual como en su función de «manager» que marcaba, aunque fuera de manera sutil, la agenda de trabajo de nuestro autor.

Pero estas mujeres, entre las que destacan especialmente tres (Marcela, Paula y Eustoquia), no solo fueron las perfectas alumnas y «sparrings» de Jerónimo en su proyecto intelectual, sino que además influyeron en gran medida en su recorrido vital en varios sentidos.

El *primer* y fundamental elemento lo encontramos en el hecho de que ellas se convirtieron en mecenas, protectoras y benefactoras de Jerónimo. Gracias a ellas, nuestro santo pudo dedicarse exclusivamente a su vida ascética y a su tarea intelectual sin tener que pensar en sus necesidades cotidianas. Y no solo pagaron sus gastos de alojamiento y comida, sino también los manuscritos, los copistas y otros útiles necesarios para el estudio y conocimiento de la Escritura, y además fueron ellas las que le permitieron entrar en contacto con otros importantes personajes de su época. Y esto durante toda su vida: desde que las conoció en Roma, pasando por su estancia durante más de treinta años en Belén, hasta su fallecimiento en esta misma ciudad. La dedicación de muchas de sus obras a estas mujeres no es solo un pequeño gesto de agradecimiento por los favores recibidos, sino que suponía, de hecho, un reconocimiento social y explícito, casi obligado, de la estrecha vinculación con sus «patronas».

Este patronazgo, que era habitual en la Antigüedad, tiene especial importancia en un personaje tan poco «social» como Je-

rónimo, por su carácter hosco y huraño, tremendamente necesitado de un ambiente cálido y acogedor para poder desarrollar al máximo sus potencialidades. Él mismo llegará a escribir a este respecto durante su estancia en Roma: «Yo os suplico, yo os conjuro, queridas siervas de Cristo..., protegedme con vuestras oraciones contra la raza de perros que recorren la ciudad ladrando, calumniando, afilando sus dientes para morder mejor, de estos ignorantes que hacen consistir su ciencia en disminuir la de los otros. Defendedme con el escudo de vuestras oraciones» (JERÓNIMO, *Prologus in libro Regnum*: PL 29,558 A-B).

En *segundo* lugar, y este es un aspecto que merece ser resaltado, estas mujeres se comportaron no solo como se esperaba de las benefactoras en la Antigüedad, sino que además, al contrario de otros intelectuales cristianos de la época (por ejemplo, el caso de Rufino de Aquileya y Melania la Anciana, o Pelagio y Demetria), las mujeres del círculo Aventino estaban tan implicadas en el proyecto ascético-intelectual de Jerónimo que lo consideraban como propio, lo que dio como resultado una estrechísima vinculación entre Jerónimo y estas mujeres, algo inusitado en la Antigüedad y que pocas veces volveremos a encontrar. Una vinculación que podemos intuir por ejemplo, y por encima de los *topoi* literarios, en el elogio fúnebre de Blesila, hija de Paula, muerta prematuramente:

«Así pues, mientras mi alma dé vida a estos miembros, mientras goce del viaje de la vida presente, yo juro, prometo y me obligo: a ella cantará mi lengua, a ella serán dedicados mis trabajos, por ella sudará mi ingenio. No habrá ni una página mía en la que no suene Blesila. Adonde quiera llegaren los ecos de mi palabra, hasta allá peregrinará Blesila con mis escritos. Vírgenes, viudas, monjes, sacerdotes que me lean, sabrán que la llevo grabada en mi alma. El breve espacio de su vida quedará compensado por un recuerdo eterno. La que ahora vive con Cristo en los cielos vivirá también en la boca de los hombres. La edad presente pasará también, seguirán siglos que están aún por venir y juzgarán sin amor ni odio: su nombre será puesto entre los de Paula y Eustoquia. Jamás ha de morir en mis libros. Ella me ha de oír siempre hablar con su hermana y con su madre» (JERÓNIMO, *Carta 39,8*).

Este papel será especialmente importante en lo que afecta a la composición de la *Vulgata*, pues cuando Jerónimo se vea obligado a abandonar Roma, terminado ya su proyecto inicial de componer una buena versión latina del Nuevo Testamento, y nuestro santo esté dedicado a las «cuestiones hebreas» más técnicas o a los comentarios de textos bíblicos, van a ser Paula y su hija Eustoquia las que lo animen calurosamente a continuar con la ingrata tarea de traducir el Antiguo Testamento del hebreo al latín, algo que ya habían comenzado en Roma.

En *tercer* lugar, algunas de estas mujeres tuvieron un papel fundamental en la composición de muchos de los libros de san Jerónimo en múltiples aspectos, empezando por la búsqueda, selección y transcripción de numerosos manuscritos, algo reconocido por el propio Jerónimo y que es un aspecto clave en un trabajo como el bíblico. Continuando con la escritura y revisión de algunos de sus libros, especialmente en los últimos años de su vida, cuando Jerónimo perdió buena parte de su visión, y tuvieron que ser Eustoquia y Paula, la nieta de la noble Paula, quienes le ayudaran en esta tarea. Concluyendo con que, a pesar de las inmensas dificultades para discernir la autoría femenina de un texto determinado, se puede plantear la hipótesis plausible de que algunos fragmentos de los escritos jeronimianos podrían ser obra de algunas de estas colaboradoras más cercanas, o que Jerónimo empleó para componer sus libros algunos de los resultados a los que estas mujeres habían llegado.

En este sentido podemos hablar de los Salmos en la *Vulgata*, que no son obra de Jerónimo, sino una versión latina del texto griego de las *Hexaplas* de Orígenes, realizado posiblemente con la colaboración de Paula y Eustoquia. Este último aspecto no debe sorprendernos, pues ya el propio Jerónimo llegará a decir sobre Marcela que, «cuando se le preguntaba, respondía de tal forma que aun de lo suyo decía que no era suyo, sino mío o de cualquier otro, de modo que aun en lo que enseñaba confesaba ser discípula» (JERÓNIMO, *Cartas* 127,7).

En *cuarto* y *último* lugar, estas mujeres con las que estuvo en contacto Jerónimo fueron no solo colaboradoras en algunos de sus libros, sino que además desempeñaron un papel clave en la *traditio* y *receptio* de las obras de nuestro santo.

De hecho, algunas de estas mujeres se encargaron de la edición y publicidad de muchos de sus libros, cuidando incluso aquellos aspectos que podían ser más controvertidos (llegaron incluso a aconsejarle que no publicase alguno de sus manuscritos más mordaces y críticos; sorprendentemente, Jerónimo les hizo caso). Así, en el año 393 Jerónimo escribe a Desiderio: «De mis obras, dado que la mayor parte han volado de su modesto nido y se han divulgado con el temerario honor de la edición, no te mando ninguna, por no enviarte las mismas que ya tienes. Si deseas que se te presten ejemplares, podrás adquirirlos de la santa Marcela, que vive en el Aventino, o de Domnión, hombre santísimo y verdadero Lot de nuestro tiempo» (JERÓNIMO, *Carta* 47,3). Y el mismo aviso recibe por esos días Pammaquio: «Hace poco he traducido a Job en nuestra lengua; de la santa Marcela, prima tuya, podrás tomar prestado un ejemplar» (*Carta* 48,4). Una tarea parecida desempeña también Fabiola: «He enviado, pues, dos libros a mi santa hija Fabiola, de quien podrás conseguir ejemplares si los deseas» (*Carta* 126,3).

Y no solo esto, que ya de por sí es muy importante, sino que estas mujeres se convirtieron en las principales defensoras de la persona y las ideas de san Jerónimo: protectoras ya en vida de nuestro santo frente a los múltiples enemigos que tuvo y se buscó (no lo podía evitar), pero, sobre todo, valedoras tras su muerte de un proyecto bíblico tan innovador y polémico como el que presentaba Jerónimo. Recordemos que la Iglesia hasta ese momento tenía la traducción griega de los LXX como inspirada, y que la traducción de los textos latinos se hacía de la Septuaginta, por lo que la traducción del hebreo al latín realizada por Jerónimo suponía no solo una absoluta novedad, sino que iba en contra de las costumbres y prácticas realizadas por la Iglesia occidental, y en una materia tan delicada como la Escritura. De hecho, el uso y divulgación de la *Vulgata* no se impuso de manera generalizada hasta un siglo después, empezando por los ambientes monásticos.

Un ejemplo de las resistencias que este proyecto encontrará lo podemos ver en el propio Agustín, cuando el santo de Hipona, todavía joven, se atreve a criticar al anciano y venerable Jerónimo —curtido ya por los años y los conflictos— la tarea que había emprendido de traducir la Biblia del hebreo al latín, en una

carta donde la suavidad de las formas no evita la dureza del contenido. Así dice Agustín: «En cuanto a traducir a la lengua latina las Sagradas Escrituras canónicas, yo no desearía que trabajas en eso, a no ser del mismo modo que has traducido a Job, haciendo ver, por medio de los signos apropiados, la diferencia que hay entre tu traducción y la de los Setenta, cuya autoridad es importantísima. Nunca podré expresar suficientemente mi extrañeza de que en los originales hebreos se encuentre algo que haya podido escapar a tantos traductores y tan peritos en esta lengua. Dejo aparte a los Setenta. Si su armonía, mayor que si se tratara de un solo autor, se debe a reflexión o a inspiración, yo no me atrevería a dar una opinión firme; pero pienso que, sin reserva ninguna, hay que concederle una autoridad preeminente en este cometido» (AGUSTÍN, *Carta 56*).

Evito a los lectores y lectoras el sonrojo que puede producirles la contestación de Jerónimo; pero si el interés o la curiosidad pueden más que la falta de tiempo, se puede encontrar la respuesta del propio Jerónimo en la *Carta 144* de Agustín. Transcribo únicamente el inicio: «A mi señor Agustín, verdaderamente santo y beatísimo papa, Jerónimo... Dices también que no debí yo dedicarme a traducir, una vez que ya lo han hecho los antiguos, y empleas un silogismo realmente original: "O era oscuro lo que traducían los Setenta, o claro. Si oscuro, habrá que creer que también tú has podido equivocarte; si claro, es evidente que no tenfan por qué equivocarse ellos". Te voy a contestar en tu mismo estilo: lo que han explicado todos los exegetas antiguos que nos han precedido en el Señor y se han dedicado a exponer las Santas Escrituras, o eran cosas oscuras o cosas claras. Si oscuras, ¿cómo te atreves tú a disertar sobre lo que ellos no pudieron explicar? Si claras, es inútil que disertes sobre lo que a ellos no se les pudo ocultar; sobre todo en el comentario a los salmos, que han sido expuestos en muchos volúmenes por los griegos; el primero de todos, Orígenes; el segundo, Eusebio de Cesarea; el tercero, Teodoro de Heraclea; el cuarto, Asterio de Escitópolis; el quinto, Apolinar de Laodicea; el sexto, Dídimo de Alejandría...» (y sigue).

De hecho, podríamos decir que es muy probable que sin estas mujeres la tarea bíblica de Jerónimo, y en concreto la *Vulga-*

ta, hubiese quedado arrinconada, cuando no perdida, en un remoto monasterio de Belén. Porque este grupo de mujeres se encargó no solo de animar a Jerónimo en el inicio de su tarea con la traducción del hebreo y le ayudó después todo lo que pudo en esta ardua labor, con la recopilación, lectura y redacción de los escritos, sino que con posterioridad contribuyó más que nadie a su difusión dentro del espacio eclesial, frente a las resistencias y dificultades que esta traducción encontró desde el inicio.

En conclusión: cuando Jerónimo empezó la traducción de la Biblia del hebreo al latín, tenía alrededor de sesenta años y una delicada salud, pero también un carácter irreductible, y se encontraba dispuesto a cumplir las promesas hechas a sus amigas. De hecho, Paula no llegó a ver el final de la *Vulgata*, ya que falleció un año antes, en el 404; y fue el apoyo de Eustoquia, la hija de Paula, lo que animó a Jerónimo a concluir esta titánica tarea, que culminó en el 405, tras quince años de durísimo trabajo, un trabajo que dedicó a su inseparable amiga y compañera: «Te he dedicado un monumento más duradero que el bronce, que ninguna vejez logrará destruir» (*Carta 108,33*).

Una obra, la *Vulgata*, que ha marcado buena parte de la cultura de Occidente en los últimos siglos y en la que este grupo de mujeres romanas desempeñó un papel clave y fundamental, sin duda no reconocido del todo; de ahí la necesidad de recordarlo y hacer memoria de ellas.

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- CAVALLERA, F., *Saint Jérôme, la vie et l'oeuvre* I-II, Sainte Catherine, Bruges 1922.
- CAIN, A., *The Letters of Jerome. Ascetism, Biblical Exegesis, and the Construction of Christian Identity in Late Antiquity*, Oxford University Press, Oxford 2009.
- JERÓNIMO, *Epistolario* I-II, BAC, Madrid 1993-1995 (edición bilingüe a cargo de Juan Bautista Valero).
- LAURENCE, P., *Jérôme et le nouveau modèle féminin. La conversion à la «vie parfaite»*, Études Augustiniennes, Paris 1997.
- LETSCH-BRUNNER, S., *Marcella, discipula et magistra: auf den Spuren einer römischen Christin des 4. Jahrhunderts.*, Walter de Gruyter, Berlin 1998.
- RIVAS REBAQUE, F., *Desterradas hijas de Eva. Protagonismo y marginación de la mujer en el cristianismo primitivo*, San Pablo-Comillas, Madrid 2008.
- SERRATO, M., *Ascetismo femenino en Roma. Estudios sobre san Jerónimo y san Agustín*, Universidad de Cádiz, Cádiz 1993.

- II -

MUJERES EN EL CRISTIANISMO MEDIEVAL Y MODERNO:
ESPIRITUALIDAD Y PENSAMIENTO